

Cedomil Goic

## Realismo de Mariano Latorre



AY algunos aspectos de la obra de Mariano Latorre, que con no ser nuevos, han quedado recién en evidencia por la maestría evocadora de su relato *El caracol*. Uno es lo que podríamos llamar la atención por la cosa, por lo concreto. En esta atención por la cosa concreta hallaremos más de un rasgo común entre las figuras más importantes que podamos encontrar en la generación de Latorre. Bástenos aludir, por ahora, a Gabriela Mistral. En su atención por las cosas mismas, en ese ir a ellas atento y amoroso, no admiten comparación.

Hoy podemos ver en aquellos que quieren acercarse con mayor plenitud a lo esencialmente nuestro, como actitud espiritual y creadora, cómo se entregan a esta atención alerta: así Pablo Neruda en sus *Odas elementales*. En la poesía y literatura de las generaciones jóvenes hay que mostrar la actitud orientada consciente y atentamente a las cosas que va mostrando la obra de Luis Oyarzún y hacia la que apunta la última poesía de Miguel Arteche. En la medida en que todos éstos lo hacen, siguen la senda abierta, la orientación atenta a las cosas mismas que enseñaron Mariano Latorre, por una parte, con una vastedad y profusión amorosa incomparable, y luego, con su poderosa fuerza, Gabriela Mistral, a partir de *Tala*.

Otro aspecto es la triple implicación de narrador, testigo y personaje que se acusa en los relatos de Latorre del último tiempo. Muy notoria en *El caracol* y en su último libro *La isla de los pájaros*, pero visible también en su obra anterior.

La implicación triple parece acrecentar el realismo, la ponderación imitativa, a un grado máximo, estrechando distancias y reduciendo a un mínimo toda fabulación. Por esto, tal vez, Latorre dió al primero de los relatos el nombre de *Crónica de la Isla de las Pájaros*.

Un prurito castizo —es decir peculiar, nuestro— nos lleva con frecuencia a delatar o a tratar de poner en evidencia, a veces con violenta actitud apriorística, el verismo —autobiográfico, biográfico, histórico— de la obra literaria. Por lo general, entre nosotros, es difícil engañarse en tal sentido. Es en buenas cuentas una actitud muy nuestra. La podemos postular como un supuesto general en toda generación autenticadora en la vida nacional. De ello nos dan buen ejemplo Vicente Pérez Rosales y los escritores costumbristas de su generación. Es por su estilo una generación que podríamos llamar de tendencia a lo concreto. Así hay otras, la siguiente a ésta decimonónica, ya aludida, que es una manifiesta generación de tendencia a lo abstracto hasta consumirse en ella: la generación de Lastarria, de Bilbao, de Arcos y de los primeros poetas románticos de escuela.

Sirva su mención a guisa de ejemplo para señalar que este ritmo aparece con frecuencia en el juego de las generaciones nacionales.

La realidad de este aserto es todavía más viva en época a nosotros más cercana. La generación modernista tiene como rasgo muy característico una tendencia a lo abstracto, tal vez diríamos con mayor precisión, una tendencia a lo vago. El modernismo literario expresa en muy buena medida lo que afirmamos. Pero más aún todavía, lo muestra la configuración propia de la realidad histórica de esa generación. Es una generación que muestra, en la esfera que nos interesa, dos posturas orientadas en una misma realidad. Esas dos posturas son la propia y puramente modernista y la naturalista. Es, pues,

una generación de modernistas, pero es también una generación de naturalistas, en literatura. Y en la medida que estas dos actitudes se pueden proyectar como posturas universales las hallamos en todas las esferas y orientadas en una misma realidad. No hay distancia histórica —es decir, es un mismo tiempo y en un mismo espacio— entre Rubén Darío y sus allegados poéticos Pedro A. González, Antonio Bórquez Solar, Gustavo Valledor Sánchez, Samuel A. Lillo y Federico Gana, Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco, Angel C. Espejo y Enrique Molina, Alberto Cabero, Francisco A. Encina, Emilio Rodríguez Mendoza. Son todos hombres de una misma generación, los miembros prominentes de su minoría selecta. La realidad a la que se enfrentan y que tan clara huella, tan clara evidencia deja en sus obras es una y la misma. Son por otra parte, los coetáneos que viven en simpatía, pero que se enfrentan a la misma realidad con posturas distintas. ¿Qué posturas son esas? Una el modernismo, postura esteticista, expresión de la sensibilidad exquisita, tan característica de la época de su aristocracia, que ha dejado en evidencia Rubén Darío, por un lado, en *Azul* y, por otro, en su visión crítica y controvertida Luis Orrego Luco en *Casa grande* y que ha completado, desde otro ángulo, Francisco A. Encina en *Nuestra inferioridad económica*. Es, no hay que olvidarlo, la generación que reacciona ante el positivismo hasta desprenderse de él e imponer el intuicionismo intelectualista de Bergson. En tal punto, se avalora la gestión de Enrique Molina al dar a conocer los nombres y la filosofía de William James y de Henri Bergson que inauguran las nuevas rutas del filosofar en nuestro siglo; que comienza, por decirlo así, con la disolución de lo concreto, de lo estable, e impone la vaguedad y la inestabilidad de lo real cambiante.

Esta generación, pues, se expresa en literatura a través del modernismo, por un lado, y del naturalismo, que ella incorpora, por otro, en la esfera literaria; por el intuicionismo filosófico e histórico como reacción ante el positivismo, reacción que alcanza en los coetáneos hispanoamericanos un desarrollo aún mayor.



## Realismo

La generación siguiente es la que nos interesa. A ella pertenece Latorre.

Los escritores de esta generación se encuentran con una realidad determinada ante la cual se ven obligados a tomar posiciones. Y lo hacen. Así todos ellos comienzan su quehacer propio sobre la realidad vigente y estructurada del modernismo y del naturalismo. Ellos son como sensibilidad y como vigencia, algo que está ahí, que se puede recoger o se puede dejar. Pero que en el momento inicial, de formación, no es de despreciar y que es preciso, aún más, aceptar porque es una gran medida lo vigente y por que es necesario, de toda necesidad, apoyarse en algo para desplazarse.

Esto explica el por qué los escritores de esta generación —llamada con otro deslinde o más bien sin deslinde preciso, del 900— se inicien en la literatura con obras de marcado naturalismo, para separarse luego de él en diversa medida conservando una actitud radical que es la que nos interesa en esta ocasión.

Hemos hablado antes de generaciones autenticadoras de la nacionalidad o de la americanidad. En este caso la actitud peculiar del naturalismo de escuela favoreció notablemente esta autenticación. Y dentro de ella Mariano Latorre juega un papel tan importante que no podemos eludir el hacerle centro de esta interpretación.

El naturalismo había enseñado ya a los escritores de la generación anterior a volver los ojos a lo concreto, a lo propio y cercano. Ello explica más que nada el por qué se les suele incluir —a pesar de las notables diferencias que los separan— entre los hombres de la generación de Latorre. Pero basta un estudio acucioso, atento y certero, para desvirtuar tal aproximación.

Es el momento de hablar de un asunto que se ha hecho enojoso, pero que es ineludible: el asunto del criollismo.

El problema de si el criollismo existió antes o después y desde cuando existió, si es legítimo o no, si lo es todo en América o bien es nada, no viene a cuento y lo abandonamos como a problema que no tiene aquí su lugar. Pero sí de lo que hay que hablar es de una

realidad concreta: de la postura generacional, peculiar, distintiva, que tiene en Latorre a un representante de extraordinaria conciencia, de penetración estudiosa, y de amoroso detenimiento.

La tendencia a las cosas, la tendencia a lo concreto, comienza aquí como un esfuerzo de autoconciencia, como un proceso gradual de autoconocimiento, de conocimiento del hombre y de su circunstancia. De aquí adviene un resultado perseguido con plena conciencia, a lo largo de una decisión siempre mantenida, en un asedio a la realidad concreta siempre sostenido, hasta estructurar una vida llamada a eso: una vocación ejemplar, cuyo destino trazado se aceptó y se ejecutó sin dubitaciones.

Lo que Mariano Latorre llamó criollismo es una actitud que no tiene —ni puede tener— limitaciones en su gestión. Porque, al tenerlas, destruiría precisamente su esencia más íntima.

Todo ello hace que el producto de esta actitud, llamada criollismo se nos aparezca hoy, muy claramente, en la obra de Mariano Latorre como una *fisonomía*, que el escritor trazó al dar título a su libro *Chile, país de rincones*. ¿En qué reside aquí la concreción de ese nombre y de la actitud que lo llevó a darlo?

En la obra de Mariano Latorre todo tiene un valor de vida. Todo está incorporado en vivencias de las cosas. Cosas que se aman, cosas que se abrazan, cosas que se rechazan, cosas que duelen o que dan placer, cosas que rozan, cosas que golpean, cosas que acarician, cosas que besan o muerden, cosas que hieren o que matan, cosas que se llevan y luego se dejan, cosas que se tienen y que luego se pierden o se llevan, a pesar, encima; cosas, cosas, cosas y más cosas que se hacen carne y que alcanzan realidad por primera vez porque ha habido un creador que les da nombre en su justa referencia. Por un hacedor de palabra a quien no podía bastarle dar nombres sin enseñarnos lo que nombraba y se demoró emocionadamente sobre las cosas para enseñárnoslas mejor y para decirnos que había vivido.

Nadie nos enseña, hoy, el rostro auténtico de Chile como nos lo ha enseñado Mariano Latorre a quien no le importó que lo sor-

prendiéramos en la caricia, furtiva o no, y se nos mostró en el gesto.

Así queda desde el primer instante de su conocimiento de Chile, aunque con distinta jerarquía, esa extraña implicación castiza de narrador, testigo, y personaje, que en ese mismo orden y secuencia se van pasando la relevancia en el relato, desde sus primeros libros a los últimos.

De la teoría de Taine, que el naturalismo acogió simpáticamente, tomó Latorre los ingredientes que formaron luego con las ideas del conde de Keyserling el fundamento de su interpretación telúrica del hombre americano. En este telurismo incorporado debemos descubrir —como determinante— uno de los resortes más ricos de fabulación en la obra de Mariano Latorre.

El determinismo en diversas formas —biológico, hereditario, fisiológico, ambiental, geográfico, social, económico— fué recogido por el naturalismo como el principio esencial de fabulación.

Es este tal vez uno de los aspectos fundamentales recogido por los novelistas chilenos del naturalismo. Es muy fácil sorprenderlo en las obras naturalistas de Lillo, Gana, Orrego, d'Halmar, Barrios, Santiván, Edwards, etc. En Latorre adquirió la forma particular de un determinismo telúrico que incide no sólo en el movimiento de la fábula, sino también en la caracterización de los personajes que aparecen en el mundo novelesco de Latorre extrañamente mimetizados con el paisaje, y luego, finalmente, dentro de este plano, en la presencia del escenario que es excepcional.

Su atención a este aspecto condiciona esencialmente la morosidad de su prosa, que llega a alcanzar al *tempo* de la narración novelesca. Pero que sirve para delatar la sensualidad contextual del narrador. Por este motivo Latorre no es sólo un escritor extenso, sino también un descriptor intenso.

Cuando las tres instancias novelescas se identifican en la autobiografía, nada cambia como no sea la duda en que nos pudiera tener la triple diversidad, que resulta en identidad, se resuelve también en certeza de su mismidad.

Observando, pues, su obra a retrotiempo se hace posible la constatación, hecha ya evidencia, de la inmediatez que su fabular tiene con lo vívido. Hacia sus últimos libros desaparece todo afán de encubrirse en una caracterización disímil y aparece la presencia total, nominal, del hombre y testigo que se hace personaje protagonista en la biografía o en la memoria.

En la comprensión de la obra de Mariano Latorre son decisivos estos tres hombres en uno; su estudio revelará la rica complejidad de su espíritu e iluminará aspectos incomprensidos de su obra, cuyo estudio queda por hacer. Tarea que pertenece a las nuevas generaciones que han quedado en compromiso de gratitud con el maestro y con el hombre.